

La mirada del otro

PELLO SALABURU

El PP cortó de raíz la 'vía Nanclares' saltando por encima del respeto que se merecen las víctimas que encontraban algún tipo de respuesta en ese programa

Qué pueden tener en común dos personas que no se conocen –todo lo más de referencias– pero deciden sentarse a los lados de una mesa, al amparo de una tercera persona que durante meses ha preparado con ellos, y de forma individual, ese encuentro? ¿Qué pueden tener en común, como no sea el terrible hecho que condenó de por vida a una de ellas a un enorme sufrimiento y que, en el mejor de los casos, suscitó en la otra alguna pregunta difusa y lejana sobre lo que había hecho? Porque en esa mesa se sientan una víctima (puede ser la viuda, el hijo, la hermana) y quien acabara con la vida de su ser querido. A esta segunda persona que es, en realidad, el verdugo, se le llama victimario, para enredar un poco más las palabras. ¿Qué pueden tener en común? Lo único que las une, y al mismo tiempo las separa con fuerza, es un hecho traumático.

Hubo, casi al final de esta historia de ETA, verdugos que quisieron encontrarse con sus víctimas, o con víctimas causadas por otros, y víctimas que quisieron encontrarse con los verdugos causantes de su desgracia o causantes de desgracias similares en otros. Las personas somos complejas y resulta difícil entender por qué se adoptan ciertas actitudes. Por eso los caminos frente a la misma realidad son a menudo divergentes: no todos los asesinos han querido saber nada de esto, ni todas las víctimas han querido participar en lo que se llamó «encuentros restaurativos». No sé qué es lo que se puede restaurar, no, desde luego la vida arrebatada, pero alguna palabra había que encontrar para referirse a un hecho que, a mi modo de ver, podría contribuir de forma eficaz a aligerar el dolor sufrido durante años por esta sociedad. Por eso, frente a la actitud más que respetable de muchas víctimas, quizás de la mayoría, de no querer saber nada de eso («bastante tuve ya en su día», «no quiero remover esa etapa de mi vida», «que me dejen en paz»), ha habido otro grupo de víctimas que por las razones que sean, con toda seguridad no ajenas al hecho de querer acabar con el duelo y cerrar una etapa afrontándola de frente, optaron por implicarse de forma personal en esos encuentros. Son actitudes diferentes, contrarias, igual de respetables por quienes no hemos sido engullidos de forma directa por una situación de ese tipo. El PP no lo entendió así y cortó de raíz la 'vía Nanclares' que iniciaron los socialistas, saltando por encima del respeto que se merecen las víctimas que sí encontraban algún tipo de respuesta a sus preguntas participando en ese programa. Ha sido un error de bulto del Gobierno de Rajoy, que no ha tenido empacho en decirselo de forma directa a alguna vícti-

ma: «No está en la agenda». Es no solo un error político, sino una grosería difícil de calificar, cometida con un sector de las víctimas.

También el verdugo ha seguido un proceso de cambio en su vida. Frente a las horas del preso en las que todo está regulado (comer y dormir, dormir y comer, sin necesidad de hacer preguntas) también él ha dado un paso que en muchas ocasiones le ha causado problemas e incomodidades, a él o a su familia. De héroe a traidor no hay nada. Aquí creamos mitos con la misma facilidad con la que los destruimos. Eso es fácil hacerlo desde fuera, desde el bar, desde la mesa de reunión, desde el púlpito de una institución. Pero la presión del grupo es terrible, y dar ese paso en la cárcel es complicado.

Esto de sentarte en una mesa frente a la persona con la que lo único en común que tienes es el hecho doloroso de una experiencia traumática no lo hemos inventado nosotros. También otras víctimas, en circunstancias aún más extremas, han querido mirar de frente a su verdugo. Hace unos días moría Thomas Blatt ('Tovi'), que sobrevivió a las matanzas del campo de exterminio de Sobibor. Allí vio cómo un verdugo y alto jerarca de las SS, Karl

August Frenzel, participó en la liquidación de miles de personas (250.000), entre ellas toda la familia de Blatt. A él, hasta que se fugó, lo cogió como limpiabotas bajo su látigo. En los ochenta volvieron a encontrarse, Blatt lo esperaba en la entrada de un hotel: el verdugo buscó de forma inútil algún tipo de perdón, mientras la víctima, aguantando la náusea, buscaba la mirada del otro. Esa muerte me ha devuelto a la memoria la imagen de la mesa de Nanclares, con dos personas que se escuchan.

Y he recordado también que la compañía Proyecto 43-2 de Madrid, bajo la dirección de Chani Martín, ha llevado a escena una producción minimalista pero eficaz, 'La mirada del otro', con tres espléndidos actores (María San Miguel, Ruth Cabeza, Pablo Rodríguez), que nos llevan a vivir desde la comodidad de la butaca la incomodidad de ese encuentro emotivo, duro, extenuante, en el que dos personas desconocidas se sientan a ambos lados de la mesa para hablar no se sabe bien de qué. Basada en la experiencia de Nanclares, la obra se ha visto en muchos sitios. Aquí ha venido de tapadillo, a Eibar antes del verano y a Bilbao hace también unos días, en soledad. Es mucho mejor olvidar esas cosas, para qué nos vamos a complicar la existencia. La obra remueve conciencias, agita al espectador y contribuye a entender muchas cosas. Pero seguramente es más cómodo dedicar nuestros esfuerzos a temas que no nos obliguen a interrogarnos tanto.



:: JOSE IBARROLA